

**Hoja de Sala. ALARÓ XF. ALART. Comisario de la exposición : Carlos Jover.**

**La mirada abisal: Teresa Matas / Vicenç Ochoa.**

“¡Luz, más luz!”,

dijo Goethe

justo antes de que la oscuridad final  
lo envolviera.

¿Qué es lo que empuja a alguien a fotografiar la oscuridad, la no-luz? ¿Descifrar sus oscuros secretos? ¿Encontrar los pequeños oasis de luz que puedan resistir a la seducción de la Nada? ¿Ensayar la propia muerte? ¿Retar al vampiro que nunca emerge en la toma fotográfica porque no emite frecuencias registrables? ¿Aspirar hasta el fondo el aire muerto que emana del pozo del olvido, precisamente para alimentar una memoria que no consiente su propia desaparición?

La fotografía empezó en blanco y negro, pues al principio lo que se debatía en su seno era ese dramático ser o no ser, aparecer o no aparecer. Los colores muchas veces distorsionan la realidad. Disimulan el conflicto. Desvían la atención. Llenan de fiesta los días laborables. Alegran, embaucan, empatizan. ¿Pero por qué hemos de bajar el pescuezo y sonreír si no tenemos ganas ni motivos? ¿Por qué no hemos de gritar y gemir si lo que nos viene de dentro es un estertor compuesto de angustia y desolación?

La felicidad siempre es retrospectiva. Cuando uno la tiene entre sus manos, cuando uno se da cuenta de que le está acariciando, justo en ese momento le invade una tristeza infinita por la certeza de que vendrán, indefectiblemente, otros tiempos que sólo tendrán relación con ella a través de la memoria. Porque la felicidad es volátil, pasajera, algo que siempre se va. Y que dura muy poco. La mayor parte del tiempo de una vida no es un tiempo feliz, ni tampoco es infausto. La mayor parte del tiempo de una vida es un tránsito, una pugna, un juego de azar que propone olvidar y retrasar lo que, indefectiblemente, vendrá. Saberlo es haber aprendido a ser humano en la Tierra aceptando el destino de ruina y muerte y ausencia y tristeza infinita y tedio y decepción que nos está asignado... indefectiblemente. No hay más vida que la que permite la muerte, que siempre está presente, que siempre se sienta con nosotros a la mesa, que siempre nos escucha y nos tolera y nos deja hacer y nos espera con paciencia infinita. Indefectiblemente. Quien teme a la muerte teme al aire que respira, teme a su cuerpo que es amigo íntimo y compañero del alma de esa dama, la más seductora que recorre la Tierra. Quien teme a la muerte teme en el fondo a la vida. Por eso morir poco a poco, como si no estuviera sucediendo ese infinitesimal desastre, es la mejor forma de vivir. Morir deprisa a veces lo hacen los genios, como Rimbaud o Carver. Morir a destiempo les ocurre a los que no han querido pactar con el diablo.

Las dos maneras de afrontar la irremediable pérdida se dan la mano en esta exposición enmarcada en negro. Fotografías sobre fondo negro, tomas en presente de indicativo de la realidad más íntima y personal.

Teresa Matas ausculta el nervio que la mantiene en pie, su obsesión por erigirse en memoria latente de lo que ya no está. El dolor es eterno, la vida no. El arte es infinito y no se acaba nunca; la sustancia de la que se nutre, sí.

Las 9 fotografías de esta serie negra fueron tomadas en el punto de la carretera donde ocurrió la desgracia. Fueron tomadas de noche, y en ellas quedó recogida la oscuridad asaeteada por los faros inclementes de algunos vehículos. Con ese sustrato ha trabajado Teresa. Después, con rotulador blanco y con grafito. Extrayendo del fondo abisal de la noche más negra la otra realidad que no se ve pero que está ahí. Porque la realidad está compuesta de sombras paralelas que sólo el arte consigue hacer visibles. He ahí la importancia del arte.

En el otro extremo está Vicenç Ochoa. En su caso la pérdida tiene un punto de fuga. Está creciendo hacia el futuro. Es una pérdida que sólo ha sido ensayada, pero que indefectiblemente llegará. En el futuro. El amor es un bálsamo para olvidar lo que la memoria tendrá que recordar sin remedio. ¡Ay, esos reflejos vibrantes sobre la negra sombra que se cierne! ¡Esos timbres de luz yodada, abisal y caribeña, que anuncian una esperanza fútil plantada contra el discurrir indefectible del tiempo! Las tomas de Vicenç Ochoa son limpias, sin que haya mediado tratamiento post productivo alguno, aunque ello resulte, a su vista, increíble. Son las fotografías de alguien que cree que “la otra realidad” ha asumido el mando del presente.

Como peces abisales las siluetas emergen de la profunda oscuridad. Vienen de otra realidad. Peces de amor y de esperanza. Peces abisales que nunca olvidan –a diferencia de los otros peces. Peces curiosamente hechos de memoria.

Carlos Jover.

Teresa Matas (Tortosa,1947). Vive y trabaja en Mallorca. Autodidacta.

Vicenç Ochoa (Alcudia,1963). Vive y trabaja entre Mallorca y La Habana. Autodidacta.